

# La Novela Semanal Cinematográfica

**N.º 97**

**25 cts.**



**LA PUERTA  
CERRADA**

por  
**Frank Mayo**

**FilmoTeca**  
de Catalunya

**Al precio único de  
UNA PESETA**

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

ofrece a sus distinguidos lectores

**siete preciosas novelas:**

Los Hijos de Nadie  
El Triunfo de la Mujer  
El Prisionero de Zenda  
El joven Medardus  
Los enemigos de la Mujer

de la Biblioteca

*Los Grandes Filmes*

Ferragus (Los Trece)  
El pago que dan los hijos

de la  
COLECCIÓN DE  
OBRAS MAESTRAS

**¡Éxito indescriptible!**

E. VERDAQUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO III

N.º 97

---

---

**LA PUERTA CERRADA**

POR FRANK MAYO

“Universal Especial”

CONCESIONARIA:

Hispano-American Films S. A.

Valencia, 233 - BARCELONA

Argumento de la película de dicho título

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
ELINOR FAIR

I

Han pasado ya los días en que la capacidad emprendedora y el talento financiero del millonario Oliver Judson jugaron papel importante en la economía de su país. Ahora vive en su espléndida villa Amalia, como en un refugio, entre libros y revistas; y aunque su cuerpo parezca menos ágil y menos activo su pensamiento, la fuerza de su voluntad y la energía de su carácter siguen siendo las mismas de los tiem-

pos en que se le conocía por el nombre de «Oliver el Inquebrantable».

Se conservaba bien; sus sesenta años estaban defendidos por una salud excelente. Llena de vivacidad, su mirada recorría las páginas de una revista, cuando se le acercó su ayuda de cámara.

—Miradlo, señor... Debéis estar satisfecho de él.

Oliver Judson tomó el retrato que le mostraba su viejo criado, dejó la revista en una mesita y fijó los ojos en la imagen del hombre joven, de expresión simpática e inteligente, que reproducía la fotografía.

—Si he de deciros la verdad, yo también estoy orgulloso de él— afirmó después de contemplar el retrato unos segundos—. Huérfano lo recogí, cuando aun era niño. Desde entonces ¡qué transformación!... Hoy, el joven Garríot es la mejor recompensa a mi vida de trabajo.

Levantóse de la butaca en que se hallaba arrellanado y paseó a lo largo del despacho. El ayuda de cámara se retiró.

—¡Si Natalia quisiera!— exclamó Judson, volviendo a mirar el retrato.

El mayor aliciente de la vida del millonario constituía su sobrina Natalia. El porvenir de la joven y su felicidad eran su constante preocupación. El viejo Oliver había concebido ciertos planes en los que aparecían unidos los nombres de su sobrina y de su protegido; pero estos planes estaban amenazados por René de Land.

Precisamente en aquellos instantes, Natalia

y René regresaban a villa Amalia de una excursión a caballo.

Los dos jóvenes habíanse detenido en la escalinata para despedirse.

—Desde que tengo tu promesa de que te casarás conmigo, me considero el más feliz de los hombres—dijo René.

Natalia le impuso silencio con un gesto.

—No hables tan alto. Acuérdate de lo que te dije.

René forzó una sonrisa, asintiendo.

—Por ahora nuestras relaciones tienen que ser un secreto—añadió Natalia—. Mi tío debe ignorarlo. Ya sabes que a él no le agradas ni mucho ni poco.

Y era verdad. Al viejo Oliver disgustábanle las asiduidades con que René cortejaba a su sobrina. La elegancia y la distinción de aquel joven no satisfacían a Judson porque no iban acompañadas de las únicas virtudes que él estimaba en los hombres, cuales eran: inteligencia y laboriosidad, y René de Land era un vago, sin otras preocupaciones que las de hacer una vida fácil, siempre de fiesta en fiesta.

En el momento de despedirse Natalia de su amigo, corrióse una cortina en una de las ventanas de la casa y, a través de los cristales, pudo verse el rostro de Oliver que hacía una mueca de disgusto viendo a los jóvenes.

No le pasó inadvertido a Natalia el mal humor de su tío.

—¿Qué te pasa, tío? Parece que estás enfadado.

Judson la miró con severidad, conteniendo

las palabras de censura que acudían a sus labios.

—Ya sé lo que tienes—añadió Natalia adivinando la verdad—. Tú estás disgustado porque crees que estoy locamente enamorada de René de Land, ¿no es eso?

—Exacto.

—Pues bien, yo te ruego, ya que siempre hice lo posible para complacerte, que en asunto tan delicado como este de elegir marido me permitas tener alguna autoridad.

Oliver guardó silencio. Luego cogió el retrato de su protegido y se lo entregó a su sobrina.

—¡Oh, mi compañero de infancia, Brooke Garriot!—exclamó Natalia.

Miró en seguida a su tío e hizo un guiño malicioso.

—Adivino lo que estás pensando, querido tío.

—Es posible.

—Estoy segura.

—A ver... ¿en qué pienso?

—Pues estás pensando que Brooke sería un buen marido para mí.

—Cierto, Natalia... Desde que erais niños, cultivé la esperanza de que él y tú os casaríais y fuerais felices.

Natalia frunció los labios en un delicioso mohín de pena.

—¡Qué lástima que no hubieras contado conmigo antes de forjar ese proyecto!—dijo.

Judson se inquietó, como si las palabras de su sobrina vinieran a echar por tierra, definitivamente, sus planes.

—¿Es que no te agrada Brooke?

—Si he de serte franca... te diré que no.

—Entonces, mis proyectos...

—Creo que nunca podrán realizarse, tío. El hombre que yo elija para casarme ha de ser guapo como un Adonis... gentil... fascinador...

Apoyó las manos en los hombros de Judson y, sonriendo, burlando la indignación que se reflejaba en el semblante del millonario, concluyó:

—Ha de ser lo mismo que René de Land.

Y antes de que Oliver pudiera reponerse de su sorpresa, Natalia entró en sus habitaciones.

A bastantes kilómetros de villa Amalia, en las provincias del Norte, encontrábase los talleres de Baring, testimonio elocuente de los esfuerzos de Oliver Judson y de su contribución al desarrollo de la industria de los ferrocarriles.

En ellos trabajaba Brooke Garriot, el cual, subiendo de la nada, gracias al apoyo de Judson como premio a su clara inteligencia y a su perseverancia en el trabajo, había llegado a ingeniero jefe de los talleres y miembro del Consejo de Administración.

Nada sabía Brooke de los proyectos matrimoniales de su protector, quien para facilitarlos le sugirió la idea de que abandonara los talleres de Baring y abriese otros en la ciudad, cerca de villa Amalia.

De acuerdo con estos deseos, Garriot puso un telegrama a Judson anunciándole su llegada.

Natalia, que se hallaba en la estación, se sorprendió viendo a su tío.

—¿Tú aquí?

—Después que tú saliste de casa—explicó Judson—recibí un telegrama de Brooke anunciándome su viaje.

—¿En este tren?

—Sí, en este tren... y me felicito de que tú te encuentres aquí para recibirlo.

—Ten en cuenta, tío, que a quienes he venido a esperar es a los Tylor, que también llegan hoy para pasar el día conmigo.

—Eso no es una razón que te impida saludar a Brooke.

—No he dicho eso, tío... Pero comprenderás que no podré concederle mucho tiempo.

Lejano aun oyóse el silbido del tren. Natalia dejó a Judson, volviendo a reunirse con sus amigos. La joven acababa de comprender cuáles eran los propósitos de su tío con el viaje de Brooke, y se dispuso a contrariarlos.

De nuevo sonó el pito de la máquina que conducía el tren. Encaramado en ella, vestido con traje de mecánico, tiznado el rostro, venía Brooke.

El convoy entró en la estación, y mientras Natalia recibía a los Tylor, Judson estrechó en sus brazos a su protegido.

—¿Pero cómo no has hecho el viaje con más comodidad?

Con todo el rostro lleno de alegría, respirando nobleza, Brooke contestó:

—Ya sabe usted que nunca me gustó viajar en primera... Además, se le estropeó una válvula a Esteve... y bien, usted ya conoce mi genio.

Viendo aquel hombre alto y fuerte, de mirada limpia como la de un niño, que él había recogido de muchacho educándolo e infiltrando-

le su espíritu, Oliver Judson sonreía íntimamente satisfecho, dándole palmadas cariñosas en los hombros y sin saber decir más que estas palabras:

—Estoy contento de verte... ¡Muy contento!

Vió a Natalia, que no se separaba de sus amigos, y la llamó.

—Ahora verás a mi sobrina... Está encantadora.

—Permitame usted que me arregle antes un poco—dijo Brooke un poco desconcertado.

—Así estás bien... Ya vienen.

Apenas si tuvo tiempo de limpiarse las manchas de hollín que le ennegrecían el rostro.

Natalia, al verlo, no supo ni quiso ocultar la desagradable impresión que le produjo su aspecto de trabajador, y en cuanto lo saludó, volvió a reunirse con sus amigos.

Horas después, Judson explicaba en su despacho a Brooke sus intenciones respecto de Natalia.

—¿Cómo has encontrado a mi sobrina?

—Convertida en una mujer deliciosa... Ahora que me parece que yo no le he parecido lo mismo.

—¡Bah, no te preocupes!... ¿Tú crees que puedes llegar a enamorarte de ella?

—¿Enamorarme de Natalia?... ¡Pero si ya la quiero desde que era niña!

Judson se frotó las manos complacido, pensando para sí: «Esto es hecho».

—Sin embargo... ella nunca se enamorará de mí.

—¿Qué dices?—le interrumpió Oliver—. Natalia es, aunque no lo parezca, una muchacha de

buen sentido, y verás como no tarda mucho en darse cuenta de la diferencia que existe entre tú y los fanticos de sus amigos.

Brooke iba a contestar, pero se calló porque entraba Natalia, quien se dirigió a él diciéndole con cierta sequedad:

—Lo siento muchísimo, Garriot... Abajo, en



—Sin embargo... ella nunca se enamorará de mí.

el parque, nos hemos reunido unos cuantos amigos para bailar, y vengo a decirte que, como no te esperaba, no hay compañera para tí.

Por los ojos de Brooke pasó una nube de tristeza. Comprendía el sentido de aquellas palabras que envolvían un desdén.

También Judson lo comprendió y siguió a su

sobrina, entrando tras ella en sus habitaciones.

—¡Señorita... este insulto a Brooke es imperdonable!

El viejo temblaba de cólera.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

La puerta que Judson, en su nerviosidad, había cerrado mal, se abrió, y hasta Brooke llegó la respuesta de Natalia, cortante y fría como viento de nevasca:

—Significa que has invitado a Brooke Garriot con el sólo objeto de arreglar un matrimonio entre los dos, olvidando lo que te dije el otro día: que yo no me casaré nunca con... ¡ese mecánico!

Judson cerró los puños, conteniendo su violencia.

—¡Qué importa que sea mecánico!... Yo también lo he sido...

—Por favor, tío, no grites... Ahí viene un invitado.

Natalia aprovechó esta oportunidad para separarse de Oliver, y desde aquel día, Garriot, a quien, como dijo Judson, acaso hubiera llegado a querer Natalia de haberlo tratado con frecuencia, se encerró en sus talleres de la ciudad, yendo contadas veces a villa Amalia.

Durante la semana siguiente, Oliver, con intención o sin ella, procuró no nombrar a Brooke en sus conversaciones con Natalia, y ésta interpretó aquel silencio como un triunfo personal.

La joven ignoraba que lo imprevisto es dueño del destino de nuestras vidas.

## II

Un mes escaso había transcurrido desde que Brooke abrió sus talleres en la ciudad, cuando un día los periódicos dieron la noticia de que el inquebrantable Oliver Judson se hallaba gravemente enfermo, y veinticuatro horas después anunciaban su muerte.

Pasados los primeros días de intenso dolor, Brooke Garriot conoció la última voluntad del millonario, cuya fortuna, por partes iguales, les era dejada a él y a Natalia.

Pero en el testamento había una cláusula, que decía así:

*«Si Brooke Garriot y mi sobrina Natalia no se han unido en matrimonio transcurridos que sean los seis primeros meses de mi fallecimiento, mis albaceas dividirán mi fortuna distribuyéndola entre las instituciones de caridad abajo mencionadas.»*

Brooke dejó de leer y quedóse meditando. Encontrábase solo en el despacho de su protector. Tenía en sus manos el testamento y una carta que ya había leído más de una vez y por la que, de nuevo, pasó sus ojos, pues ella le explicaba los móviles de la conducta de Judson.

*Antes de morirme—decía la carta—, voy a pedirte que procures ganar el amor de Natalia y hacerla tu esposa. Ya sé que esta es la condición bajo la cual puedes obtener la mitad de mi fortuna y sé también que esto nunca sería un motivo bastante para hacerte contraer un matrimonio que no fuera acepto a tu corazón. Pero yo te ruego que consideres este mi último deseo como la voluntad inquebrantable de tu viejo amigo, que tiene, al morir, la*

*certeza de que sólo tú con Natalia y Natalia contigo podréis ser felices... No lo olvidéis.*

*Oliver Judson.*

Alzó la cabeza y miró delante de sí con alguna vaguedad. Sentíase triste, profundamente triste. El ruego de Judson, que tanto le había querido, pesaba sobre él como una orden. El hubiera deseado cumplir la voluntad del muerto. Pero Natalia...

—Ella no me querrá nunca—se dijo.

La sobrina de Oliver encontrábase entonces con René de Land, al que refería con apenada voz su disgusto por la condición que le imponía el finado para heredarlo.

—¡Y todo porque nos hemos criado juntos!... ¡Pobre tío! El no pudo comprender el abismo que me separa de Garriot.

René, cuyo amor a Natalia no tenía otros cimientos que la herencia de Judson, lamentó:

—¡Qué mala suertel... Y lo grave es que yo carezco de fortuna...

Callóse un instante. Luego, cogiendo las manos a su amiga, añadió:

—No veo otra solución que la de que te cases con él para defender la parte que te corresponde... Y después... ya sabes... lo que se puede hacer.

Natalia se levantó herida en su dignidad de mujer. La descarada propuesta de un divorcio, que era lo que le insinuaba su prometido, sublevó su conciencia moral.

—¡Eso nunca!

René cambió de táctica, y con palabras suaves trató de convencerla de la rectitud de sus intenciones.

—Compréndeme lo que te quiero decir... Es por tu bien. Yo te quiero y...

—Ya sé que me quieres—le interrumpió ella—. Pero por lo mismo no debes pedirme que haga nada deshonoroso.

Se separaron viendo aparecer a Brooke. René se despidió y los dos herederos quedaron solos.

—Quisiera hablarte, Natalia.

Brooke sentóse cerca de la joven. Parecía turbado.

—Espero que no te figurarás que yo induje a Oliver a hacer lo que hizo... Estoy dispuesto a seguir la conducta que tú me señaless.

—Debes darte cuenta—dijo Natalia—de lo imposible que es todo esto... porque yo no te amaré nunca... Nosotros hemos cambiado mucho desde que éramos niños, cosa que mi tío olvidó.

—Sin embargo, cuando éramos niños tú me querías. Tal vez si nos viésemos con más frecuencia...

Natalia se irguió bruscamente:

—Basta, Brooke; ya hemos hablado bastante. Si me decido a cumplir la voluntad de mi tío... ya te avisaré.

La vió marcharse en silencio. Su corazón rebosaba de amargura. Se daba clara cuenta de que aquella que había sido su amiguifa en la infancia ni aun amistad sentía hoy por él. Natalia le despreciaba; en sus palabras y en la expresión de su rostro reflejábale la repugnancia que Brooke le causaba; y además, entre los dos se hallaba interpuesto René de Land.

Brooke Garriot dejó de insistir en sus de-

seos, que eran los de Oliver Judson, recluyéndose de nuevo en su taller y no volviendo a presentarse en villa Amalia.

Pasaron cinco meses. Se acercaba el término de la fecha que Oliver había fijado en su testamento para que su sobrina lo heredase después de cumplir su voluntad. Y Natalia, al fin, tomó una determinación.

La noticia de su próxima boda con Brooke, divulgada entre sus amistades, atrajo a villa Amalia a una admiradora del ingeniero que deseaba su felicidad.

—Me alegro mucho que te hayas decidido a casarte con él. Ya era hora de que dejases de pensar en locuras.

Natalia tuvo un gesto de franco desagrado. Pero su amiga no hizo caso y prosiguió:

—Todos dicen que Garriot es uno de los jóvenes de más porvenir. ¡Es un gran inventor!

—No empeores la cosa, querida—interrumpió Natalia—. Mi tío Oliver no me permitió elegir, y esta es la única razón que me obliga a contraer un matrimonio tan opuesto a mis gustos.

—¡Cállate, no digas tonterías!... Ya verás cómo concluyes queriéndole.

Ella no pensaba ni intentarlo siquiera. Si se casaba era porque tenía miedo a la vida. Millonaria o mecanógrafa, tal la disyuntiva en que la había puesto su tío al morir, y como para ser lo primero necesitaba casarse con Garriot, Natalia, venciendo su repugnancia, habíase decidido a unirse a él, renunciando, de momento, a René de Land.

Y al concluir el plazo de seis meses fijado en



el testamento, el inquebrantable Oliver Judson ganó la partida. Fué hecha su voluntad y Natalia y Brooke se casaron.

Después de la ceremonia, regresaron a villa



—Tú puedes vivir en las habitaciones de mi tío.

Amalia, donde les esperaban los viejos] servidores que los habían conocido de niños.

Antes de entrar, Natalia dijo a Brooke:

—Tú puedes vivir en las habitaciones de mi tío.

El bajó la cabeza, sometiéndose al caprichoso desdén de la que ya era su mujer aunque no le quería.

Natalia, acompañada de su doncella, pasó a sus habitaciones, donde se despojó de sus tocas de desposada.

Le entregaron una carta de René. La abrió, leyendo precipitadamente su contenido.

«...Para mí tu boda ha sido un golpe terrible. Espero que serás feliz. Yo, como siempre, seguiré siendo tu más humilde servidor y esperaré tus órdenes».

Contuvo las lágrimas que forzaban por asomarse a sus ojos. En seguida, saliendo de sus habitaciones, fué en busca de su esposo.

—Brooke, quiero portarme noblemente contigo... Lee esta carta.

El se apresuró a cerrar la mano de ella sobre el papel.

—No quiero verla... ni quiero saber quién es el que la ha escrito.

—Pues yo quiero que lo sepas.

Lo miró desafiándole, poniendo en sus ojos toda la desesperación que la lastimaba por haberse tenido que casar con él.

—Esta carta—dijo—es de René de Land... uno de mis amigos con cuya relación pienso seguir.

Brooke hizo un esfuerzo sobre sí mismo para vencer el arrebato de ira que le produjo la ofensa que ella acababa de inferirle.

—Entonces—dijo, procurando hablar serenamente—, debo advertirte que estás obligada a conducirte de una manera correcta con esa



**FRANK MAYO**  
In The Universal Attraction  
"THE BOLTED DOOR"

—Aquí estoy, Brooke— lo saludó sonriéndole—. ¿Deseas hablar conmigo?

amistad. Puedes tener tus amigos... pero jamás consentiré que me humilles.

El tono enérgico de estas palabras irritaron a Natalia.

—No esperes que yo te obedezca—replicó—. Me dejé gobernar por la voluntad de mi tío, pero no estoy dispuesta, aunque me haya casado contigo, a dejarme gobernar por tí.

Con un ademán violento Brooke le atenazó las muñecas.

—¡Eres mi mujer!—exclamó.

—Pero no te quiero.

—¡No importa, eres mía!

Su cólera comenzó a dar paso al amor, a su inmenso cariño por ella, que le desdénaba.

—¡Eres mía!—insistió.

Natalia intentó desasirse sin lograrlo. Brooke la había ceñido con los brazos y acercaba a su rostro sus labios apasionados.

—Yo te quiero—dijo.

Y la besó con ansia en los ojos y en la boca, una y otra vez.

De pronto la soltó y Natalia huyó a encerrarse en su alcoba.

Transcurrieron breves instantes. En villa Amalia reinaba el silencio. Súbitamente oyóse el chirrido de un cerrojo al correrse.

Brooke miró hacia la alcoba de su mujer, comprendió lo que ésta había hecho y hundió la cabeza en sus manos mientras dejaba llorar a su corazón.

### III

Desde aquel día la conducta de Brooke Garriot, que rara vez iba por su casa, viviendo en sus talleres, fué objeto de los comentarios más

diversos por parte de los amigos del matrimonio.

Se murmuraba de él y se compadecía a su mujer, aun cuando los dos, para cubrir las



Súbitamente oyóse el chirrido de un cerrojo al correrse.

apariencias cenaban juntos algunos días.

Así las cosas, una tarde Natalia recibió un recado de su marido rogándole que fuese a verle al taller. Este aviso produjo en la joven, sin que ella pudiera decir por qué, una impresión gratisima.

La actitud de Brooke en los tres meses que llevaban de casados no había podido ser más discreta. Seguro de que ella no le amaba, él concluyera por aislarse con su callado dolor.

Poco después de haber recibido el recado de Brooke, Natalia descendió de un *auto* cerca de la puerta de los talleres.

—Espérame aquí—dijo ella a su amigo que la acompañaba.

Encontró a su marido trabajando.

—Aquí estoy, Brooke—lo saludó sonriendo. —¿Deseas hablar conmigo?

El ingeniero volvióse a los representantes de una importante Compañía, que habían ido a verle para estudiar su último invento:

—Con el permiso de ustedes.

Hizo una seña a su mujer, y entró, precedido por ella, en un pequeño gabinete.

Natalia dirigió una mirada en torno y divisó en una mesa su retrato.

—Tienes un cuarto muy lindo... y cerca del trabajo. Ahora me explico por qué no vienes casi nunca a villa Amalia.

Brooke sonrió sin desvirtuar el sentido de las palabras de su mujer. Ella sabía, tan bien como él, la verdadera causa de su alejamiento.

—Salgo esta noche, Natalia —dijo él de pronto.

—¿Para un viaje largo?

El titubeó.

—No sé... Toma esta carta y léela cuando llegues a casa.

Natalia tomó el sobre que él le ofrecía y esperó, como si deseara que Brooke le dijese algo más. Pero Brooke permaneció callado.

—Entonces... adiós.

—Adiós.

Se despidieron. Ya en el *auto*, donde René la había esperado bostezando, Natalia apresuróse a leer el contenido de la carta. Rasgó el sobre y leyó:

*He adquirido el triste convencimiento de que no me querrás nunca, y como el único medio que existe para que puedas ser dichosa es el de devolvarte tu libertad, yo te prometo que no pondré obstáculo alguno para que la obtengas. Te adjunto un documento por el cual te transfiero la parte que me correspondió en la herencia de tu difunto tío.*

*Tuyo, Brooke Garriot.*

Natalia dejó caer la carta en su regazo y quedóse pensativa.

¿Qué es lo que pasa? —le preguntó René.

Ella le indicó la carta para que la leyese. Cuando concluyó la lectura, René miró a su amiga disimulando la sonrisa triunfal que se extendía por su rostro.

—Volvamos atrás, René... Hoy no daremos nuestro acostumbrado paseo dijo ella.

—¡Volvemos atrás! —exclamó él sorprendido. —Esta carta significa que puedes divorciarte y que podemos casarnos.

—Ya lo sé.

—¿Y no quieres que celebremos nuestra suerte?

Natalia, sufriendo horriblemente, confundida en sus ideas sin poderse explicar lo que sentía, rogó:

—¡Por favor, llévame a casa!

René se encogió de hombros y, haciéndose

dueño del volante, dirigió el *auto* hacia villa Amalia.

A la misma hora, los representantes de la Compañía que deseaba adquirir el último invento de Brooke, se despedían de éste:

- Pásese mañana por nuestro despacho y arreglaremos el asunto de las patentes. Su proposición es satisfactoria.

Al quedarse solo, el ingeniero pensó que, en medio de las amarguras de su vida privada, la suerte le favorecía, permitiéndole rehacerse económicamente con la venta de su invento cuando acababa de desprenderse de una fortuna en favor de su mujer.

Aquella noche villa Amalia resplandecía llena de luz y de alegría... Natalia daba un baile en honor de sus amigos.

Aunque su alma estaba triste, ella procuraba parecer alegre, recibiendo a sus invitados. Había organizado la fiesta sin sentir el trastorno que iba a producir en sus sentimientos la carta de su marido ofreciéndole la libertad, y ahora ya era tarde para suspender la fiesta.

Se le acercó René de Land y la invitó a salir a la terraza.

-¿Qué piensas hacer? Supongo que mañana mismo entablarás la demanda de divorcio.

-Tengo que pensarlo aún—repuso Natalia.

-¿Cómo, pensarlo?—preguntó él con extrañeza—. Hasta hoy siempre soñaste con alcanzar la libertad para que pudiéramos casarnos y no sé, pues, por qué vacilas ahora que tu marido te la ofrece.

-¡Es tan extraña su conductal...

-¿Y qué nos importa? Después de todo hace lo que debió hacer desde un principio.

René se inclinó hacia ella hablándole con sus palabras más persuasivas.

-¡Eh!—exclamó Natalia de repente.

Se separaron. Brooke habíase detenido a la entrada de la villa y los miraba. Estaba allí porque tuvo noticia de la fiesta de su mujer y quiso asistir a ella antes de marcharse.

-¿Tiene usted la bondad, señor de Land? Deseo hablarle un momento.

René se aproximó a Brooke con una estudiada cortesía un poco impertinente.

-¿Usted me dirá?

-Atiéndame, de Land; ya le he dicho una vez que quiero ser respetado en mi casa y, créame, me molesta tener que repetírselo.

Le volvió la espalda, entrando en la villa.

-¿Qué te dijo?—preguntó Natalia a su amigo.

-Nada... que quiere que lo respeten en su casa, fíjate bien, *en su casa*.

Rióse de una manera insidiosa, que a ella le molestó.

-Después de todo tiene razón—dijo.

-Como tú quieras—repuso René que no estaba dispuesto a reñir con la mujer que iba a ser dueña de toda la fortuna de Oliver Judson.

Mientras tanto Garriot había entrado en sus habitaciones para ponerse el traje de etiqueta.

Llamaron a la puerta.

-Adelante—ordenó Brooke.

Entró un criado con un telegrama.

-Acaban de traerlo.

Apresuróse a enterarse del contenido del

parte telegráfico, en el que se le comunicaba el arresto de Juan Halberson, depositario de la fortuna de Oliver Judson, por haber malverado todo el capital.

«Necesaria la presencia usted y señora en el juicio de mañana,» concluía diciendo el parte. Brooke quedóse perplejo. Aquello era lo im-



FRANK MAYO  
is The Governor, Antagonist  
"THE BOLTED DOOR"

—...ya le he dicho una vez que quiero ser respetado en mi casa...

previsto. ¿Qué diría Natalia al saberlo?

Se puso precipitadamente el frac y salió en busca de su mujer.

Los invitados lo vieron atravesar las salas con aire de intensa preocupación. El no hacía caso de nada ni de nadie. Sus ojos pesquisaban

queriendo descubrir a Natalia, que no aparecía por parte alguna.

Ella encontrábase en el parque con René de Land, el cual trataba de persuadirla para que aceptase el ofrecimiento que le hiciera su marido otorgándole la libertad y cediéndole sus derechos a la herencia de Oliver Judson.

—No seas loca, Natalia. Acepta su proposición antes de que cambie de manera de pensar.

Ella parecía resistirse.

—Fíjate en lo que eso significa para nosotros—insistió René.

—Espera a que pase esta noche—dijo Natalia—. Necesito pensarlo.

—¿Pero qué es lo que ha sucedido en tí para que hables de este modo? ¿No me quieres acaso?

René sentíase dominado por la violencia. Le sublevaba la actitud de su amiga.

—Yo no estoy dispuesto a concederte más tiempo para que lo pienses—afirmó él.

—¿Cómo?—preguntó Natalia asombrada.

Estaban solos. Era una hora avanzada de la noche. Se habían alejado mucho de la villa. René advirtió todas estas circunstancias y quiso aprovecharlas para imponer su voluntad.

—Sí, hoy mismo—insistió—has de prometerme que aceptarás las condiciones que te ofrece tu marido.

—¿Y si no quisiera?—interrogó Natalia.

René la abrazó de pronto y le dijo:

—Yo te obligaré a ello haciéndote mía.

Sin gritar, Natalia opuso todas sus fuerzas a los propósitos de René. Pero ella era la más

débil y hubiese sido vencida de no llegar en aquel instante su marido para defenderla del ultraje.

Los dos hombres quedaron frente a frente, mirándose agresivamente.

René fué el primero que habló.

—Es curiosa la sorpresa que usted acaba de producirnos—dijo.

—Sí, muy curiosa... Pero antes de que usted se vaya de villa Amalia, lea esto.

René de Land guardó silencio después de conocer el telegrama, que Brooke dió también a su mujer para que se enterase.

—Supongo que, dadas las circunstancias originadas por esta noticia, usted podrá cuidar mejor que yo de mi mujer—dijo Brooke.

—¡Oh, nada de eso!—exclamó René—. Yo no estaba preparado para este nuevo estado de cosas.

Miró a Natalia y dijo de pronto:

—Dudo que tu marido no conociese esta noticia antes de escribirte la carta de esta tarde.

Garriot no pudo resistir el insulto. Su voz, restallando como un látigo, gritó:

—¡Canalla!

Y sus puños cayeron sobre el rostro de René de Land. Este quiso rechazar la agresión y los dos hombres rodaron por el suelo, comenzando una lucha de vigor en los puños y de agilidad en los movimientos, mientras Natalia corría hacia villa Amalia.

René y Brooke eran fuertes y sus golpes, durante algún tiempo, mantuvieron la victoria indecisa.

Se levantaron del suelo. Súbitamente, Broo-

ke castigó con un soberbio puñetazo la mandíbula de su adversario, que cayó de bruces. En seguida lo levantó, le señaló la salida y le dijo:

—¡Lárguese sin volver la cabeza si no quiere que lo golpee de nuevo!

Una hora más tarde los últimos invitados se habían despedido de Natalia, y excepto una



—¡Lárguese sin volver la cabeza si no quiere que lo golpee de nuevo!

habitación, que permanecía iluminada, villa Amalia se hallaba envuelta en sombras.

Como en otra noche, ya lejana, Brooke hallábase cerca de las habitaciones de su mujer. Ningún rumor llegaba hasta él. Como entonces encontrábase solo y lo mismo que entonces sentía llorar su corazón.

Dos o tres veces quiso levantarse y llamar a su mujer, pero resistió su deseo.

Natalia tampoco se había acostado. Su pensamiento volvía sobre los sucesos de aquel día, y era para ella un dolor tener que confesarse su terrible equivocación por haber amado a un hombre como René de Land tan inferior a su marido.

Estaba indecisa. Al otro lado de la puerta, que ella había cerrado la noche de bodas, se hallaba Brooke, el hombre a quien ahora admiraba y del que hubiese deseado merecer el cariño con que él tantas veces quiso rendirla.

Se acercó a la puerta y la abrió.

—¡Brooke!...

El alzó la cabeza todo sorprendido.

—He sido una egoísta y una loca, Brooke... ¡Perdónamel... Tú puedes pedir el divorcio mañana mismo.

El sonrió presintiendo que, al fin, había llegado el instante que tanto había esperado.

—Yo me arreglaré como pueda—añadió ella.

—¿Qué dices?—preguntó Garriot—. Tú no has sido más que una niña algo caprichosa, pero buena siempre.

—No, Brooke, yo no puedo aceptar tu generosidad.

—Cállate, niña, no digas eso... Lo único que yo voy a pedirte es que me quieras... solamente un poquito.

Se había aproximado a Natalia, pero ella se apartó abrumada por la nobleza de su marido.

Guardaron silencio. De nuevo él acercóse a su mujer, le alzó la cabeza y la miró en los ojos.

—Sólo un poquito de cariño es lo que te pido—le rumoreó él.

Ella cerró los ojos sintiendo la proximidad de los labios de su marido, y le ofreció la boca musitando:

—Gracias, Brooke.



De nuevo él acercóse a su mujer, le alzó la cabeza y la miró en los ojos.

Y aquel beso hizo que se abriese la puerta cerrada desde la noche de bodas.

FIN



Próximo número:

## Una pobre maniquí

preciosa producción, interpretada por la gentil

**Grace Davison**

Postal-fotografía:

**William Russell**

**La Novela Semanal  
Cinematográfica**

Sale todos los miércoles

Precio: 25 céntimos

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

Lea la novela

## LA PUERTA CERRADA

por Jorge Gibbs

Se ha publicado en la Colección Novelas "Hogar" y se vende en todas las buenas librerías al precio de 5 ptas.

### OTRAS NOVELAS DE JORGE GIBBS

Ya se han puesto a la venta:

## JUVENTUD TRIUNFANTE

Emocionante descripción de la vida de una pobre niña nacida en el arroyo y criada por una familia compasiva.

Un volumen de la Colección Novelas "Hogar" 5 ptas.

## CAMINO PROHIBIDO

Una novela de interesantes escenas que tienen por marco el lejano Oeste en los Estados Unidos.

Un volumen de la Colección Novelas "Hogar" 5 ptas.

## ABNEGACION

La acción de esta novela se desarrolla en Francia. La trama es muy interesante y el asunto nuevo y original.

Un volumen de "La Novela Rosa". . . 1'50 ptas.

---

Pida estos libros en las librerías y quioscos. Si no lo encuentra en su localidad, escriba a los editores

SOCIEDAD GENERAL DE  
PUBLICACIONES S. A.

Calle Diputación, 211.—Barcelona

quienes le enviarán cuantos libros necesite contra envío de su importe en sellos de correo o por giro postal.